

La pregunta más importante de toda la vida

(Marcos 8.22-30)

Joe Schubert

Los versículos centrales del capítulo ocho de Marcos refieren un evento decisivo del relato de este evangelio. Es el momento en que el mensaje y el ministerio de Jesús toman una nueva dirección. Se puede observar fácilmente que Su ministerio adopta un nuevo énfasis a partir de ese evento.

I. UN EXTRAÑO MILAGRO (8.22-26)

El pasaje central comienza con uno de los milagros más extraños que Jesús jamás hizo. Es extraño porque es el único milagro que se llevó a cabo en dos etapas. Es el único que supuso un proceso en lugar de una sanidad inmediata. Además, Marcos es el único evangelista que recoge este milagro en particular. Esto lo hace aún más extraño de lo que de otro manera habría sido. El milagro se recoge en las siguientes palabras:

Vino luego a Betsaida; y le trajeron un ciego, y le rogaron que le tocara. Entonces, tomando la mano del ciego, le sacó fuera de la aldea; y escupiendo en sus ojos, le puso las manos encima, y le preguntó si veía algo. Él, mirando, dijo: Veo los hombres como árboles, pero los veo que andan. Luego le puso otra vez las manos sobre los ojos, y le hizo que mirase; y fue restablecido, y vio de lejos y claramente a todos. Y lo envió a su casa, diciendo: No entres en la aldea, ni lo digas a nadie en la aldea (vers.º 22-26).

En todas las demás ocasiones las sanidades de Jesús fueron eficaces, completas y, por lo general, inmediatas. La razón por la que ésta fue tan singularmente diferente sigue siendo en gran medida un misterio.

Algunos han interpretado que las dos calidades de visión que tuvo el hombre que fue sano, guardan paralelo con los dos niveles de entendimiento del ministerio de Jesús que tuvieron los apóstoles. Insisten en que aunque los apóstoles percibieron vagamente ciertos aspectos de Jesús y de Su

ministerio en ese momento, ellos pronto verían esos mismos aspectos más claramente. Tal interpretación, aunque bastante ingeniosa, dista mucho de ser correcta. Dejemos el misterio donde está. En realidad no podemos saber por qué este milagro fue llevado a cabo en dos etapas. Las Escrituras no dan indicio alguno.

Todo el suceso concluye con el versículo 26, donde dice: «Y lo envió a casa, diciendo: No entres en la aldea, ni lo digas a nadie en la aldea». ¿Y esto? ¿Por qué? La aldea de la cual se habla es Betsaida (vers.º 22). Algo que se recoge sobre Betsaida en el evangelio de Mateo, puede arrojar alguna luz sobre la razón por la que Jesús le dijo a este ciego que fue sano que no entrara en tal aldea, ni que le dijera a nadie acerca de su sanidad. Según Mateo 11.21-22, Jesús dijo:

¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo ha que se hubieran arrepentido en cilicio y en ceniza. Por tanto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para Tiro y para Sidón, que para vosotras.

Aparentemente, Jesús creía que en el momento de esta sanidad ya se habían hecho más que suficientes milagros en Betsaida, y que no había probabilidad de que esta inicua ciudad creyera por el informe de un milagro más que se hiciera. Habían tenido un milagro tras otro. Lo que Jesús estaba diciendo era esto: «No vale la pena. La gente de esta aldea es incrédula». Le dijo al ciego que fue sano: «Ni siquiera entres en la aldea. Ve a otro lugar». Esto no es más que una aplicación del consejo que dice: «No echéis vuestras perlas delante de los cerdos».

II. UNA SOLEMNE PREGUNTA (8.27-30)

Marcos informa ahora acerca del muy significativo día cuando Jesús les hizo a Sus discípulos

una crucial pregunta. Así comienza el versículo 27:

Salieron Jesús y sus discípulos por las aldeas de Cesarea de Filipo. Y en el camino preguntó a sus discípulos, diciéndoles: ¿Quién dicen los hombres que soy yo? Ellos respondieron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, alguno de los profetas. Entonces él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy? Respondiendo Pedro, le dijo: Tú eres el Cristo. Pero él les mandó que no dijiesen esto de él a ninguno (vers.^{os} 27–30).

La cuestión que se presenta en este breve pasaje es la más crítica y significativa que se les puede plantear a los seres humanos. ¿Quién es Jesucristo? Esa es la cuestión. Todo lo demás que usted y yo hagamos y digamos será determinado en gran medida por la respuesta que demos a tal interrogante.

Si un budista llegara a la conclusión de que Gautama el Buda jamás existió, ello no afectaría su budismo en absoluto. No tendría impacto alguno en su fe, ni en sus ideas, ni en su vida. Si un hindú cambiara su manera de pensar acerca del Señor Krisna, ello no afectaría su fe hindú en absoluto. Estas creencias orientales no se fundamentan en personas. Se fundamentan en conceptos filosóficos. Uno puede sacar del sistema incluso al fundador de la religión y ello no cambia la esencia de esa clase subjetiva de creencia oriental.

La fe o el estilo de vida cristiano, en cambio, es completamente diferente. Todo el cristianismo descansa directamente en la identidad y persona de Jesucristo. Su identidad es la roca sólida, sobre la cual descansa todo lo demás que el cristiano cree o practica. Si Pedro estaba en lo correcto cuando dijo: «Jesús, tú eres el Cristo de Dios», según la relación que hace Lucas de ello, entonces Jesús es el hombre de toda la historia que se debe seguir. Si Pedro estaba en lo correcto, entonces Jesús es la única esperanza que la gente tiene.

La cuestión es esta: «¿Quién es Jesús?». La cuestión tiene que ser resuelta con Jesús. ¿Debería una persona ser cristiana? Todo depende de quién es Jesús. Si Jesús es quien Pedro confesó que era, entonces sí, por supuesto, tal persona debe ser cristiana.

A veces hay quien me dice que le gustaría llegar a ser miembro de esta congregación en particular por el amor, el compañerismo y el calor que ha percibido. Siempre que me hacen tal propuesta, respondo diciendo que, aunque nos alegra que hayan percibido amor, calor y compañerismo, esa no es la razón por la que deben procurar asociarse con este cuerpo. Lo anterior es cierto por cuanto, en algún lugar, en algún momento, puede darse una

situación en la que el amor, el compañerismo y el calor estén ausentes. Si la respuesta de alguien a Dios es motivada por el amor y el compañerismo, cuando se encuentre en una situación en la que el amor y el compañerismo no existan, tal persona morirá. La respuesta que debe motivar que alguna persona se decida en esta asamblea a poner su vida a derecho con Dios, tiene que ser el tema de la persona de Jesucristo. Debe ser una respuesta al evangelio de Jesús. Cualquier otro tema no es un motivo digno para llegar a ser miembro del cuerpo de personas que la Biblia llama la iglesia. Tenemos que tratar con el Único, Jesús. La pregunta crucial es esta: ¿Quién es Jesucristo?

El escenario, nos dice Marcos, se sitúa cerca de Cesarea de Filipo. Mucha actividad religiosa se concentraba en torno a esa ciudad pagana, especialmente mucha actividad religiosa griega de misterio. Jesús ahora se había estado desplazando por Galilea por algún tiempo. En este día, llamó aparte a Sus discípulos y quiso hacerles en privado la pregunta que verdaderamente importa. Debíó de haber creído que era el momento correcto para plantearles tal pregunta.

Primero, hizo una pregunta secundaria. Dijo: «¿Quién dice la gente que soy yo?». ¿Por qué comenzó Jesús con una pregunta secundaria? Ya Él sabía lo que la gente estaba diciendo de Él. Al hacer esta pregunta secundaria, Jesús estaba anticipando el tema. Estaba preparando el terreno para hacer la pregunta que realmente importaba, la gran pregunta. Así que primero preguntó: «¿Quién dice la gente que soy Yo? ¿Qué están diciendo las multitudes de mí?».

Es interesante notar lo que estaban diciendo. Algunos estaban diciendo: «Es Elías». Otros decían: «Es Juan el Bautista». Aún otros decían: «Creemos que es uno más de la larga lista de profetas hebreos». Cada uno de estos puntos de vista era favorable, porque todos estos —Elías, Juan el Bautista y los profetas hebreos— eran todos hombres a los que las multitudes respetaban.

Que yo recuerde, no creo que alguna vez haya conocido a alguien que estando cara a cara conmigo haya dicho algo verdaderamente malo y desagradable acerca de Jesucristo. Puede que no confiesen que Él es el Señor, pero no dicen nada verdaderamente malo de Él. La mayoría de las personas con las que he platicado han hablado favorablemente de Jesús. Por ejemplo, varios de ellos dicen: «Jesús es el más grande maestro de valores morales que jamás existió». Por supuesto que desean recibir Sus valores morales, pero no Su persona. No están recibiendo a todo el Cristo

cuando tratan de hacer tal clase de división. Hay otros que han dicho: «Creo que fue el hijo de Dios», pero se apresuran a agregar: «tal como todos los demás seres humanos son hijos de Dios». Un tercer grupo ha dicho: «Considero que Jesús es el paladín de las causas sociales. Fue amigo y paladín de los pobres». Este fue el punto de vista que adoptaron los maestros del evangelio social de comienzos del siglo pasado. Es cierto que Jesús fue amigo de los pobres, pero las personas que se aferraron a este aspecto de la persona de Jesús tuvieron que deshacerse de otros aspectos de Su persona, tal como el de Su deidad.

En un sentido, todas estas afirmaciones acerca de Jesús tienen algo de verdad en ellas. Pero todo el que haga tal clase de afirmaciones acerca de Cristo no está viendo todo lo que Jesús dijo o hizo. Están pasando por alto, por ejemplo, las palabras que dicen que el Hijo del hombre tiene potestad para perdonar pecados y que Él detendrá el tiempo cuando venga con Sus ángeles y las nubes del cielo. No tratan con todo el Cristo. No tratan con todo el Jesús que dijo en Juan 14.6: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí».

Uno no está obligado a aceptar lo que Él afirma de Sí mismo. Pero si uno es alguna clase de hombre o de mujer, no puede permanecer neutral en cuanto a lo que Él ha dicho. Uno tiene que elegir de qué lado estará.

Después de que Jesús presentó lo que la gente decía, le entró a la verdadera cuestión. Después de que se dijeron las respuestas que la gente daba a la pregunta acerca de quién era él, se volvió a los apóstoles y dijo: «¿Y ustedes qué dicen? ¿Quién dicen ustedes que soy Yo?».

No creo que Dios envió a Su Hijo al mundo para ganar algún proceso electoral. No creo que Dios envió a Jesús a este mundo para que fuera sometido a encuestas de opinión. Lo envió a este mundo a confrontar a hombres y mujeres con Su persona, para hacer que individualmente tomen su propia decisión acerca de quién es Él. Hay mucha diferencia entre una decisión y una opinión. Jesús no está interesado en opiniones. Está interesado en decisiones. Desea ponerse delante de toda persona sobre la faz de la tierra que tenga edad para ser responsable y decirle: «¿Quién dice usted que soy Yo?». Él no va a manipular, ni a presionar, ni a forzar a nadie a elegir Su camino. Él vino para ponerse frente a la gente, con el fin de que la gente pueda tener la oportunidad de decidir con toda sinceridad quién es Él.

Lo anterior nos dice algo acerca de nuestra

propia misión como cristianos. No estamos en esta tierra para levantar una encuesta de opinión para después publicar los resultados en el boletín de la iglesia. Estamos aquí para ponernos frente a las personas y decirles: «Esto fue lo que Él dijo e hizo. Esto fue lo que afirmó ser. Ahora, ¿qué tiene usted que decir acerca de Él?». No tenemos que avergonzarnos de hacerle tal clase de pregunta a la gente. Con tanta confusión que hay en el mundo de hoy día, con lo perdida que está la gente, ¿por qué deberíamos de avergonzarnos de hacer tal clase de pregunta? A veces con sólo hacer la pregunta se obtiene más provecho que con machacar toda clase de afirmaciones que parecemos estar tan propensos a hacer. Diga: «Oiga, amigo, ¿cuál es su propósito en la vida? ¿Para qué vive usted? ¿Cuáles son los propósitos que le dirigen e impulsan en lo que hace? Cuando alcance el último escalón de su escalera socioeconómica, ¿dónde va a estar usted? ¿Qué hay en usted y en su imagen que quede después de esta vida? ¿Qué piensa de las afirmaciones que hizo Jesucristo de Sí mismo?». Esas son las preguntas —las preguntas penetrantes y escrutadoras— que debemos estar haciendo.

Tanta gente ha sido criada en alguna clase de ambiente cristiano, y jamás han sido confrontados con Aquel que demanda una decisión. Han heredado una fe que en realidad no es fe del todo. Es una especie de religión de la cultura que no tiene nada cuando uno lo necesita. Algunas de estas personas son muy religiosas, pero nunca se han enfrentado cara a cara con el Hombre que demanda una decisión. En Marcos 8, Jesús se dirigió a los apóstoles y dijo: «¿Quién decís que soy?». Esa es la pregunta de primera importancia.

Marcos dice que Pedro —el impetuoso y franco Pedro— dio esta respuesta: «Tú eres el Cristo». Según Lucas, Pedro dijo: «El Cristo de Dios». Según Mateo, esto fue lo que dijo: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente». *Cristo* es un título. Significa lo mismo que la palabra hebrea *Mesías*. Significa «el ungido de Dios». No es un nombre propio. Jesús era Su nombre de pila; Cristo era Su título. Él era Jesús, el Cristo; Jesús, el ungido de Dios; el Cristo de Dios. Pedro había oído y visto algunas cosas. De algún modo, Dios había llegado hasta su corazón para que supiera que no eran suficientes las categorías en las cuales lo ubicaban los seres humanos.

Más adelante, Pedro hizo esa misma confesión con aún mayor certeza y entendiéndola muchísimo más, porque vivió para ver a Cristo padecer, morir y ser resucitado. Nadie, ni siquiera el concilio judío, le impediría predicar esa verdad

por todo el mundo hasta llegar al final a la misma Roma. En Roma, aparentemente, le impidieron seguir predicando por medio de darle muerte. Pedro dijo: «Tú eres el Cristo».

En mi propia experiencia, jamás he conocido a nadie que, habiendo echado una buena y sincera mirada a Jesús, no llegara a la misma conclusión de Pedro. Tarde o temprano, toda persona tiene que vérselas con la identidad de Jesús de Nazaret. ¿Quién es Él? Esta es la pregunta más importante de toda la vida.

CONCLUSIÓN

Como cristianos que somos, hemos hecho

frente a esa pregunta. Una vez llegó ese día en nuestras vidas cuando nos pusimos al frente de un grupo de personas y dijimos: «Creo que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente». Creyendo lo anterior, nuestra tarea como cristianos es poner continuamente nuestras vidas delante de Él en completa sumisión. Nuestra tarea es presentarlo delante de los demás para que Él pueda confrontarlos con Su deidad. El juicio con que se responda la pregunta que Él hace cuando dice: «¿Quién dices que soy Yo?», debe ser expresado por cada uno de nosotros. Todas las cosas, tanto ahora como en la eternidad, dependen de la respuesta que demos.

©Copyright 2003, 2006 por La Verdad para Hoy
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS